

La patria puerca : discursos y contradiscursos de la especie en la Cuba postsocialista

Autor(en): **López-Labourdette, Adriana**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales**

Band (Jahr): - **(2016)**

Heft 27

PDF erstellt am: **13.09.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-1047153>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

La patria puerca. Discursos y contradiscursos de la especie en la Cuba postsocialista

Adriana López-Labourdette

Universität Bern

¿A quién van a matar? ¿A quién?, o van a eliminar, ¡están locos!,
si ya está demostrado –¡Claro! – que yo soy el animal.

Así reza el estribillo de «El animal», una de las canciones más populares del grupo cubano de reguetón Gente de zona. Conocidos y reconocidos más allá de las fronteras de la isla, sus canciones se caracterizan por articular una suerte de subjetividad de lo cubano que prescinde completamente de las instancias oficiales y se erige, abierta y provocadoramente, contra ellas. Con sus usos diversos de lo oral, su incisiva remisión a una realidad innombrada desde los medios, su procacidad, su alevosía —en fin, su ‘guapería’—, el grupo emplaza a la ciudad letrada y sus articulaciones. De esta suerte, el reguetón toca sus propios límites, se acerca a formas abiertamente políticas y contestarias como el rap o el hip hop, aprovechando a su vez todo el universo simbólico y mercantil del reguetón. Las canciones, tan aplaudidas como criticadas, redefinen las cartografías (musicales) de la ciudad, dando visibilidad a sujetos, espacios y lógicas espaciales de los márgenes socio-urbanos de La Habana. La zona a la que hace referencia el nombre del grupo alude al barrio de Alamar —de donde son originarios los cantantes— municipio capitalino situado en las afueras de la ciudad y paradigma de los desacertados proyectos urbanos de la revolución. Pero “la zona” es también la cifra de ese otro espacio tóxico de más de 30 kilómetros que rodea la accidentada central nuclear

de Chernóbil, en la que toda forma de vida humana ha sido erradicada. Gente de zona se alza así como la voz de los sobrevivientes de una catástrofe general, como especie postapocalíptica a la que la violencia más extrema, el control más cuidadoso, la corrección más extensiva, no pueden ni integrar ni eliminar. Que en esa suerte de fractura con los moldes de lo humano trazados por el discurso oficial, el cantante de Gente de zona se identifique con un animal apunta, más que a la deshumanización de la sociedad, a una animalización en tanto retraimiento a un espacio de rebeldía y resistencia. En esta especie de contra-discurso el animal aparece como figura que impugna un orden (bio)político, como cuerpo que disloca las gramáticas del poder. Las preguntas —“¿A quién van a matar? ¿A quién?”— y la exclamación de “¡Están locos!” hablan de esta lógica implícita de la resistencia irreductible. Desde esa zona en que se toma la palabra, desde ese emplazamiento liminar de quien está pero no pertenece, el animal da cuerpo a una rebeldía. Lo animal, revés del discurso revolucionario del hombre nuevo, ser domesticado, sacrificado o dejado de lado en la retórica y la acción de la Revolución, aparece así como confín de aquello que la maquinaria biopolítica no ha alcanzado y no podrá alcanzar. Aquello que vuelve —ruidoso, abyecto, procaz, agresivo— para recordar la fragilidad sobre la que se arma todo el aparato biopolítico del poder revolucionario.

Si he traído esta popular canción a colación esto se debe a que en ella se articula una narrativa en la que lo animal se ha desplazado al centro de la ciudadanía y funciona como signo político, a través del cual se enuncian regímenes de poderes y contrapoderes dentro de la sociedad cubana postsoviética. La entrada al pacto social, la hominización revolucionaria, ha fracasado y el animal regresa, mostrando toda su potencialidad, todo su zoé. «El animal» de Gente de zona no es, además, un caso aislado. Ya en 1993 Miriam Lezcano llevaba a las tablas *Manteca* (Alberto Pedro Torriente, 1993), una especie de alegoría de la nación en clave porcina, mientras en 1997 la artista visual Tania Bruguera, en la performance *El peso de la culpa*, utilizaba el cadáver abierto de una oveja para, en explícito homenaje a la artista Ana Mendieta, llamar la atención sobre la contigüidad entre animal y ciudadanía. Asimismo, Pedro Juan Gutiérrez, en pleno período especial, vuelve a la idea del *banido*¹ en

¹ Uso aquí el concepto de *banido*, en el sentido que proponía Giorgio Agamben, para quien se trata de una figura híbrida, mitad hombre mitad animal, expulsada de la comunidad: “Lo que iba a quedar en el inconsciente colectivo como un monstruo híbrido, entre hombre y animal, dividido entre la selva y la

su novela *Animal tropical* (2000), para articular las peripecias de su protagonista, que vive y actúa al margen de la ley. Estas articulaciones en torno a lo animal ponen en escena el retorno de esa potencialidad animal del *homo hominis lupus* hobesiano², cuya fuerza ha dejado de ser controlada por el Estado. Ese Estado que, en su lucha hacia el hombre nuevo, había querido dejar atrás su condición animal, a través de un pacto social basado precisamente en la superación de la barbarie, entendida como retroceso evolutivo, y en su control total.

En este ensayo propongo indagar en los discursos y contra-discursos de la especie³ al interior de la sociedad cubana post-soviética. En la base de mis reflexiones está una noción de lo

ciudad —el licántropo— es pues, en su origen, la figura del que ha sido banido de la comunidad. La vida del banido —como la del hombre sagrado— no es un simple fragmento de naturaleza animal sin ninguna relación con el derecho y la ciudad; sino que es un umbral de indiferencia y de paso entre el animal y el hombre, la *physis* y el *nomos*, la exclusión y la inclusión, ni hombre ni bestia, que habita paradójicamente en ambos mundos sin pertenecer a ninguno de ellos”. Agamben, Giorgio: *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos, 2006, p. 137.

² Conviene recordar que el *homo hominis lupus*, figura acuñada por Thomas Hobbes en *De Cive* (1642), constituye la figura paradigmática de la ambigua marca del animal en la política: como falla y como amenaza. En *De Cive* (1642) y luego en *Leviatán* (1651), Hobbes propone una transición del hombre-bestia (*homo hominis lupus*) al hombre cercano a lo divino (*homo homini deus*). El hombre en la naturaleza se asemeja a un lobo, cuya animalidad disminuye al convertirse, a través de un pacto social, en ciudadano y entrar en el aparato del Estado, encarnado en el Leviatán, el monstruo marino que en los Salmos aparecía como todopoderoso e invencible. Por la influencia de esa gran bestia del Estado, aquel primer momento natural (el hombre como lobo del hombre) pasa a un segundo momento, donde lo animal es humanizado. La hominización total del lobo, el abandono de ese umbral donde cohabitan el animal y el hombre, es lo que hace entrar al hombre al pacto social. Sin embargo, esa metamorfosis no es estable; amenaza siempre con su reversibilidad. El devenir hombre del lobo —que es también la escisión y el control de lo animal— amenaza con la reversión, o sea, con la reconversión del hombre en lobo, en animal. Lo que hay de peligroso en ella es precisamente esa *potencialidad animal*, esa cercanía resultante de una exclusión-inclusiva en la que el hombre conserva (controlado y reprimido) un elemento animal.

³ Según Gabriel Giorgi el discurso de la especie conforma la base sobre la que se erige el orden social y los modos en que se construyen poderes y contrapoderes al interior de una comunidad. Este discurso es de orden sacrificial, pues la muerte del animal, siempre invisible e insignificante, es articulada como no-delito, e incluso, como derecho ‘natural’ de la especie humana, que paralelamente lo constituye, lo define y le da poder sobre la vida de los otros: “El discurso de la especie [...] remite precisamente a ese conjunto de estrategias por las cuales la especie humana aparece bajo el signo de una especificidad absoluta que se resuelve como jerarquía y superioridad sobre las otras especies; tal discurso no puede tener lugar sin una distinción fundante, axiomática, unívoca e incontestable entre lo humano y el resto de lo viviente”. Giorgi, Gabriel: «La vida impropia. Historias de mataderos», *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, 16 (diciembre 2011), p. 4.

animal, en sintonía con las tesis de Gabriel Giorgi, que lo entiende en tanto umbral desde el que leer la cultura y sus formas, también políticas, de pensar lo viviente⁴. Mi interés final es una lectura de *Las bestias*, de Ronaldo Menéndez (2006) y de los modos en que lo animal —en este caso, el puerco— viene a ser articulado en un vínculo de codependencia e interconexión con lo humano. Sugiero que, leída desde el trasfondo de los ‘discursos de la especie’ de la revolución, esta novela da fe no sólo de un reposicionamiento de lo animal al interior de la sociedad, de una contigüidad entre hombre y animal, sino que al mismo tiempo figura un futuro de animalización de la subjetividad humana (un devenir carne) y con ella la imposibilidad de fijar lo humano desde lo animal, la dificultad de controlar a los unos y los otros. *La patria puerca*, entonces, aparece como figuración de una nación por venir. Y esa nación animalizada está regida por una lógica depredatoria de violencia constante pero, paralelamente, es el territorio de la resistencia, en el que el cerdo nuclea una sociedad de sujetos incontrolados e incontrolables, hechos carne, pura materia.

ANIMAL NACIONAL

En el contexto de la nación cubana y su formación, la presencia de la figura animal ha tenido un papel primordial desde los primeros intentos de articular sus bases. La conexión entre raza y animalidad, base de buena parte del pensamiento colonial e imperialista tuvo su contraparte científica en el pensamiento positivista, higienista y lombrosiano del siglo XIX⁵. El discurso de la especie se mantiene intacto en las sociedades postcoloniales, que se afianzaron sobre el imaginario de la barbarie como un regreso a lo animal, acentuando la idea de civilización como superación de lo animal, como su exclusión y su subyugación. También el discurso antropocentrista de la Revolución siguió similares derroteros, dando continuación a una tradición de hominización, en la que el animal, el otro a superar, ocupa una posición de exterioridad —e inferioridad— con respecto al orden social. El discurso revolucionario de la especie

⁴ Giorgi, Gabriel: *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2014.

⁵ Acerca del orden racial del siglo XIX y sus diferentes dispositivos discursivos, véase el detallado estudio de Aline Helg: *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*. Chapel Hill: UNCP, 1995.

se presenta así como garante de un aparato antropogénico⁶ según el cual el hombre queda ontológicamente constituido como derecho y poder absoluto sobre lo animal. Dicho discurso de la especie generaría un complejo sistema judicial, militar, económico y político encargado de futurizar la 'especie superior', el revolucionario. El hombre nuevo, ser creado y creador de la revolución, va a constituir el paradigma de lo humano, el escalón superior en la escala evolutiva, contrapuesto a esas hordas de ratones, monos, y sobre todo gusanos, que caracterizaban al capitalismo/imperialismo. Las fronteras de lo humano (del sujeto revolucionario) se presentaban así pobladas de bestias, salvajes, bárbaros y seres evolutivamente retrasados, frente a las que lo animal constituía una suerte de patio trasero de la revolución, punzante y a la vez amenazante.

La delimitación y su consiguiente ingeniería de control animal va a tomar un cariz especial en aquellos animales que sirven de base alimenticia para la nación (las vacas y los cerdos), pues es en ellos que la interdependencia entre humanos y animales pasa a un primer plano, al tiempo que se marcan, aunque fuese como deseo, una escisión espacial entre espacios de humanidad (que permiten la inclusión de animales domésticos) y espacios de animalidad (granjas industriales, mataderos, mercados, ferias de agricultura, etc.), fuera o en los bordes de la ciudad. El discurso de la especie es también un discurso del espacio. Particularmente reveladores resultan aquí los lugares que van ocupando la vaca y el cerdo en la cartografía biopolítica de la revolución. Allí donde la vaca parecería una suerte de doble, protegido y 'futurizado', del hombre nuevo, el cerdo se convertirá en su contracara oscura, maloliente e incómoda. Iván de la Nuez, en uno de sus estudios sobre el devenir de las políticas revolucionarias, llama incluso la atención sobre la simultaneidad del proyecto del hombre nuevo y de las investigaciones genéticas en las razas bovinas:

No es por gusto que se experimente allí, desde muy temprano, con la genética y con el Hombre Nuevo. Eso sí, sin mezclar jamás ambos conceptos. Los vacunos y los humanos serán de nuevo tipo, pero los

⁶ Utilizo el término según la definición de Agamben para quien la antropogénesis marca el advenimiento de lo humano sobre lo animal: "[l]a antropogénesis es aquello que resulta de la cesura y la articulación entre lo humano y lo animal. Esta cesura se da ante todo en el interior del hombre [...] La ontología o filosofía primera no es una inocua disciplina académica, sino la operación en todo sentido fundamental en la que se lleva a cabo la antropogénesis, el devenir humano de lo viviente". Agamben, Giorgio: *Lo abierto. El hombre y el animal*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2006a, p. 145.

primeros se deberán al laboratorio de la genética, los segundos al de la cultura. Fidel Castro y Voisin, su genetista particular, crearán nuevas especies de vacunos —F1, F2, F3, así se llamaron—, en la misma medida en que Fidel Castro y Che Guevara crearán una nueva especie de ser humano: el Hombre Nuevo.⁷

Baste recordar a la célebre Ubre Blanca, cruce de las razas Cebú y Holstein, recurrente en la prensa y la televisión cubana en los años ochenta. La vaca en cuestión, resultado de las políticas genéticas a las que hacía alusión De la Nuez, había logrado producir más de 100 litros de leche al día, convirtiéndose en una especie de tropo ideal de la animalidad, en una suerte de metáfora de la productividad y del avance de la revolución socialista. La vaca nueva, que las cámaras televisivas traían reiteradamente a los hogares, acompañada del máximo líder Fidel Castro, parecía anunciar la llegada inminente del hombre nuevo; fungía como su anticipación.

En cambio, el cerdo seguía siendo el puerco (según la denominación nacional): ese que lleva consigo el estigma de lo sucio y de lo abyecto —se alimenta de desperdicios y vive en cochiqueras—, la vinculación a un apetito sexual irrefrenable, a un vivir exigiendo. De esta suerte, el cerdo hace emerger todo aquello que la revolución, en su frustrada avanzada, había querido dejar atrás. Al mismo tiempo, el cerdo constituía el ingrediente principal de muchos de los platos típicos de la gastronomía nacional, y uno de los alimentos preferidos por los cubanos. Su crianza, conviene agregar, remite además a un espacio rural que había sufrido una suerte de invisibilización a partir de su disciplinada transformación al modelo de cooperativas (ahora inoperantes), en las primeras décadas revolucionarias. Al alimentarse de cualquier cosa, el cerdo constituye una máquina de reciclaje (enriquecedor) de las sobras de la insuficiente comida hogareña; al ingerir desperdicios para transformarlos en el alimento más escaso, constituye un recordatorio de la disfuncionalidad estatal de garantizar la alimentación de sus ciudadanos. Allí donde el Estado sólo lograba congelar(se en) un ciclo cerrado de precariedad y ausencia (de carne), el cerdo se presenta como su contraparte, que lo salva y a la vez, lo acusa. El cerdo, y no la vaca, emerge así como animal nacional, ese que chilla y crece en el traspatio de la nación. Su lugar en la cultura cubana ha sido más movedizo, su carga simbólica más ambigua. Pero

⁷ De la Nuez, Iván: *Fantasma Rojo: los intelectuales de izquierda y la revolución cubana*. Barcelona: Debate, 2006, p. 21.

su presencia siempre traía de vuelta ese otro, incómodo pero imprescindible, de la cultura cubana. A partir de la década de los noventa la vaca desaparece paralelamente del campo cubano, de la mesa familiar y del imaginario revolucionario. Queda sin embargo el cerdo, la contracara sucia y chillona del hombre nuevo.

CAMBIOS DE LUGAR DEL ANIMAL

Ya se ha dicho que, a partir de los años setenta, se da un cambio de lugar de lo animal en las gramáticas de la cultura. Lo animal, antes alteridad irreconciliable con lo civilizado, situado al otro lado de la ciudad y sus territorios, empieza a desplazarse e irrumpe, en una contigüidad antes desconocida, al interior de los hogares, en el centro de las ciudades, en los espacios de la política y de lo político⁸.

Si seguimos los movimientos del cerdo en la sociedad cubana, constataremos que este desplazamiento se da con una fuerza inusitada a partir de la década de los noventa, en consonancia con la precarización general a raíz de la caída del bloque socialista y con el agotamiento del aparato biopolítico puesto en marcha desde los setenta con miras a asegurar el nacimiento del hombre nuevo. Éste, como se sabe, debía ser pura conciencia social; sería “el mejor, el más cabal, el más completo de los seres humanos”. Pero el nuevo lugar del animal, cuya cercanía veíamos constatada en la canción de Gente de zona, iba a dar cuenta de políticas abortadas, del fracaso de un sinnúmero de proyectos de formación y control de lo humano en tanto revolucionario. El animal —y en este caso, el cerdo— devendría también figura —figuración— de la resistencia, cuerpo indisciplinado en su abyección y en su violencia.

Esa cercanía de lo animal (y particularmente, del cerdo) sólo puede ser entendida como hiato a una cultura de la escisión frente a lo animal, que ha regido en el discurso revolucionario de la especie y en las políticas oficiales desde el triunfo de la revolución. Dos discursos (1971 y 2003), de los respectivos presidentes Fidel y Raúl Castro, ponen en evidencia esa deseada —y a la vez difícil— exterioridad de lo animal. El primero, a co-

⁸ Gabriel Giorgi lee esa emergencia de lo animal en la relevancia de los cuerpos en la cultura contemporánea: “[a]llí donde se interroga el cuerpo, sus deseos, sus enfermedades, sus pasiones y sus afectos, allí donde el cuerpo se vuelve un protagonista y un motor de las investigaciones estéticas a la vez que horizonte de apuestas políticas, despuntará la animalidad que ya no podría ser separada con precisión de la vida humana”. Giorgi (2014), *op. cit.*, p. 11.

mienzos de la segunda década de la revolución, corresponde a una etapa de consolidación de la sociedad socialista, en la que el foco de atención va estar puesto en los conflictos internos, entendidos ahora como rezagos de sistema a superar. El otro, en la segunda década del nuevo milenio, corresponde a la segunda fase del Periodo especial, momento en que empiezan a perfilarse una serie de cambios (de 'actualizaciones') que irán reconduciendo al país —en términos económicos, pero no necesariamente políticos— hacia una economía de mercado, en la que el disciplinamiento tendría un nuevo fin: la productividad del hombre y su inserción en el sistema capitalista de producción.

El largo discurso de Fidel Castro de 1971, pronunciado en una de las concentraciones con motivo de las conmemoraciones del XVIII Aniversario del ataque al Cuartel Moncada, gira en torno a la presencia del imperialismo y sus ataques a la sociedad cubana. En este marco, el entonces Comandante en Jefe vuelve a hacer un alarde de memoria y conocimiento, desgranando estadísticas, cifras, datos copiosos de todas las esferas de la sociedad cubana para detenerse en algunos puntos que, como indeseadas herencias del pasado capitalista, estorban en el camino a seguir por la sociedad en ciernes y han de ser, por tanto, superadas. Uno de esos 'impedimentos' es la epidemia de fiebre porcina africana que causó graves descensos de producción de carne por esos años. Entre las razones que el Presidente arguye para explicar la persistencia de la epidemia y que el aparato biopolítico debe corregir, está el hecho de que los cubanos criaran cerdos al interior de sus casas. Esa proximidad es la que debe ser eliminada para restituir al animal a su lugar, fuera de los hogares, fuera de los espacios no controlables por el Estado: "Debemos ser consecuentes. Debemos ser más exigentes. No es justo, no es correcto permitir ni tolerar que se críe un cerdo en una bañera en la Ciudad de La Habana"⁹. El Estado gobierna sobre lo que considera como revolucionario —la única forma de lo humano que es reconocida como tal y no sometida a correcciones o disciplinamientos— y, en este mismo gesto, dirige las relaciones de lo humano con el cerdo, en tanto separación y distanciamiento. Evidentemente, las palabras de Fidel denotan un rechazo abierto a las formas de comunidad del hombre y el cer-

⁹ Castro Ruz, Fidel: «Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en la Concentración efectuada en la Plaza de La Revolución "José Martí", para conmemorar el XVIII Aniversario del Ataque al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1971», <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1964/esp/f280964e.html> (consultado 17-IV-2016).

do, pero al mismo tiempo, *ex negativo*, son un llamado de atención a la fuerza del animal.

Cuarenta años después, el otro Castro, el hermano menor, vuelve al lugar del cerdo en la sociedad cubana durante un discurso ofrecido ante la Asamblea Nacional del Poder Popular, el 7 de junio de 2013. Esta vez no se trata ya, como en el discurso de 1971, de enumerar las desviaciones originarias más allá de las fronteras nacionales (en los predios del Imperio), sino al interior de éstas. Lo que Raúl Castro acusa es la pérdida de valores, la perversión general y la desaparición de una sociedad civil que debería estar autorregulada a través de la moral socialista y los buenos modales. La meta que el Presidente establece ahora como crucial es superar “los retrocesos contraproducentes” al restablecer “un clima permanente de ORDEN; DISCIPLINA Y EXIGENCIA en la sociedad cubana”¹⁰. Para ello el presidente cubano enumera primero los desvíos sociales y propone luego estrategias e instancias que, mancomunadas, deben conducir a la corrección. Las formas de desvío son múltiples, desde el robo al Estado hasta la ausencia de caballerosidad a ancianos, embarazadas, mujeres con niños y discapacitados físicos. El compendio es en verdad un poco disparatado y parece abarcar todas las esferas posibles de la sociedad:

Se ha afectado la percepción respecto al deber ciudadano ante lo mal hecho y se tolera como algo natural botar desechos en la vía; hacer necesidades fisiológicas en calles y parques; marcar y afear paredes de edificios o áreas urbanas; ingerir bebidas alcohólicas en lugares públicos inapropiados y conducir vehículos en estado de embriaguez; el irrespeto al derecho de los vecinos no se enfrenta, florece la música alta que perjudica el descanso de las personas; *prolifera impunemente la cría de cerdos en medio de las ciudades con el consiguiente riesgo a la salud del pueblo*, se convive con el maltrato y la destrucción de parques, monumentos, árboles, jardines y áreas verdes; se vandaliza la telefonía pública, el tendido eléctrico y telefónico, alcantarillas y otros elementos de

¹⁰ Castro Ruz, Raúl: «Intervención del General de Ejército Raúl Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, en la Primera Sesión Ordinaria de la VIII Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, en el Palacio de Convenciones, el 7 de julio de 2013», <http://www.cuba.cu/gobierno/raul/discursos/2013/esp/r070713e.html> (consultado 17-IV-2016, las mayúsculas son de la transcripción oficial).

los acueductos, las señales del tránsito y las defensas metálicas de las carreteras.¹¹

Aquí la cría de cerdos al interior de las casas forma parte de una serie de transgresiones relacionadas con la infracción de los códigos de civilidad y es por tanto presentada como totalmente desvinculada del aparato biopolítico que la gestiona. Tampoco aflora el hecho de que dicha crianza había sido propagada por el propio gobierno. Recuérdese, por ejemplo, el manual *Con nuestros propios esfuerzos. Algunas experiencias para enfrentar el periodo especial en tiempo de paz*, editado y distribuido por la Editorial Verde Olivo, la plataforma oficial de las Fuerzas Armadas de Cuba¹² y en el que se daban una serie de consejos y recetas destinadas, entre otras cosas, a la cría de animales en espacios privados dentro de la ciudad. El folleto intenta presentar la cría doméstica no como una industria informal y transgresora, que se separa de la industria organizada, progresista y controlada bajo el control ilustrado-revolucionario-científico, sin asumirla como lo que fue: una proliferación a destajo, artesanal, primitiva e incontrolada de carne, que hacía regresar al hombre nuevo a la caza y a las cuevas. Tampoco se reconoce el hecho de que dicha crianza, ahora rechazada, había contribuido a paliar la hambruna general de la fase más dura del Periodo Especial, a la que el propio gobierno había contribuido. El cerdo, otrora desplazado al interior de la ciudad, incluso a sus lugares más íntimos —los baños— y convertido en animal doméstico —pero no domesticado— debía ahora ser sacrificado, devuelto a la granja y al matadero, para la gran fiesta de la Revolución reactualizada. Pero también aquí, como en el discurso del anterior Presidente, la queja de Raúl Castro demuestra que este nuevo desplazamiento no llega a completarse, y que el cerdo sigue en un espacio de contigüidad con aquellos seres humanos que emergen en el discurso oficial como figuras de la indisciplina. El discurso revolucionario de la especie está atravesado por una ambigüedad: por un lado el animal aparece como eslabón inferior,

¹¹ *Ibid.*

¹² El folleto fue impreso por encargo de las Fuerzas Armadas y distribuido a nivel masivo. En una nota editorial se hace énfasis en el carácter político de dicho proyecto: “Los organismos del estado; las organizaciones políticas y de masas, las provincias y municipios, todo el pueblo de Cuba combaten bajo la dirección del Partido; buscan y aplican soluciones y desarrollan iniciativas para resistir y convertir el periodo especial en un símbolo y una bandera para los pueblos del mundo”. VV. AA.: *Con nuestros propios esfuerzos. Algunas experiencias para enfrentar el Periodo especial en tiempo de paz*. La Habana: Editorial Verde Olivo, 1992, p. 9.

figura de la sujeción y del sacrificio, por el otro, ese animal es la cifra de una alteración, de una insuficiencia política. Ahí están, como infracciones al código civil revolucionario, como colectividades alrededor de un *zoé*¹³, esas comunidades indisciplinadas, formada por seres al margen de la ley, fuera del pacto social y sus reglamentaciones de comportamiento y disciplina. Ellas constituyen, siguiendo a Braidotti, una “fuerza transversal que corta y vuelve a zurcir especies, dominios y categorías precedentemente separadas”¹⁴.

LOS NOVÍSIMOS (NOVICIOS) Y EL ESTABLO

Es precisamente en ese hiato entre la primera y la segunda alocución antes aludidas, en ese Periodo especial que el primer discurso no otea en el horizonte y el segundo intenta dar por clausurado, devolviendo al cerdo a su lugar exterior, donde se sitúa la novela *Las bestias* de Ronaldo Menéndez. Su autor pertenecía —al menos en sus principios— a lo que se ha dado a conocer como la Generación de los Novísimos, cuyas obras afloran precisamente a lo largo de la década de los noventa, época en la que, como veíamos antes, se recrudece la crisis general haciendo visible la incapacidad del Estado para controlar, pero también para proteger, a sus ciudadanos. Los textos de estos jóvenes “inconformes, agresivos en algunos aspectos, y bastante iconoclastas”¹⁵ giran en torno a figuras marginales —el friki, el rockero, el drogadicto, los balseros o las prostitutas— y dan cuenta de la existencia y la presencia de un sujeto liminal —bajo el control del Estado, pero sin su protección—, fuera del contrato social, convertido en vida excesiva (en *zoé*), abandonada y abandonable.

Uno de los grupúsculos en los que se formó esta generación fue El Establo, entre cuyos fundadores se encuentra Ronaldo Menéndez y al que pertenecieron también Ena Lucía Portela, Verónica Pérez Kónina, Karla Suárez, Sergio Cevedo, además

¹³ Agamben estudia por un lado, en *Homo sacer*, la figura del mismo nombre, a quien se le puede sacrificar impunemente, y, por otro, en *Lo abierto*, la cuestión del animal. En el primero de los estudios se llama la atención sobre una línea distintiva entre vidas asegurable (*bios*) y vidas sacrificables o vidas a abandonar (*zoé*), mientras que en el segundo, la vida abandonada, el *zoé* o *nuda vita*, enlazaba a humanos y animales en una suerte de residuo que puede ser expulsado, vejado, violentado.

¹⁴ Braidotti, Rosi: «Postantropocentrismo: la vida más allá de la especie», en: *Lo posthumano*. Barcelona: Gedisa, 2015, pp. 71-125.

¹⁵ Plaza, Caridad: «Diálogo de la lengua. Mano a mano entre los novelistas Senel Paz y Ronaldo Menéndez sobre Cuba», e*Quórum. Revista de pensamiento iberoamericano*, 22 (2008), pp. 109-121.

de Ena Lucía Portela y José Miguel Sánchez (Yoss), algunos de los autores cubanos más reconocidos hoy en día. Como he comentado en otro ensayo¹⁶, resulta significativo el hecho de que todos estos autores insistieran en articular sus retratos de la realidad cubana a partir de figuras liminares al sistema normado y normativo del Estado, situándolas en las antípodas del hombre nuevo y presentándolas, al mismo tiempo, como impugnación de todo el correspondiente aparato biopolítico y su proyecto de ingeniería social.

El nombre del grupo (1987-1990) tiene su origen en la novela *Itzan-na*, del guatemalteco Arturo Arias, ganadora del Premio Casa de las Américas en 1981. El Establo de la Cuba literaria de finales de los ochenta tomaría del de la ficción guatemalteca la irrupción repentina de una juventud enajenada, que busca un lugar y un sentido en un mundo desacralizado¹⁷. Tomaría también la preferencia por personajes situados en el umbral de un Estado que no los representa, no los 'futuriza', entregándolos al abandono. Sin embargo, allí donde los jóvenes mayas optaban por un retorno a la naturaleza, refugio frente al desamparo oficial y a la violencia urbana, llevando adelante un largo peregrinaje a Cozumel, los jóvenes cubanos insistían en esa violencia, explorando las potencialidades de lo más sórdido y cruento de la urdimbre urbana, invirtiendo los signos del desamparo en potencialidades múltiples. Este retorno a lo natural deviene así, en la novela guatemalteca, garantía de una humanidad perdida bajo el influjo del capitalismo desenfrenado que lo deglute todo. El grupo cubano, por el contrario, recurre a lo natural —y de ahí a lo animal, lo bárbaro, lo instintivo— como elemento disruptivo frente al proyecto civilizatorio y disciplinario de la revolución¹⁸.

¹⁶ Cfr. López-Labourdette, Adriana: «El sueño de la razón produce monstruos. Cuerpos extra/ordinarios y aparato biopolítico en “La sombra del caminante” (Ena Lucía Portela, 2001)», *Mitologías hoy*, 12 (2015), pp. 31-50.

¹⁷ Véase Sánchez, José Miguel-Yoss: «Ellos, los de entonces», *EforyAtocha.com*, 2013, <<http://www.eforyatocha.com/2013/03/25/ellos-los-de-entonces-por-jose-miguel-sanchez-yoss/>> (consultado 14-IV-2016).

¹⁸ En este sentido cabría pensar en cierta continuidad entre la voluntad cuestionadora de El Establo y las conocidas palabras de Guillermo Cabrera Infante en relación con su función de director de la revista *Lunes*. En aquella ocasión, comenta el autor cubano, se había visto obligado a seguir una política de purgamiento entre la intelectualidad cubana. A este proceso de selección entre sujetos futurizables y sujetos eliminables —al menos en términos intelectuales— Cabrera Infante lo denomina “limpiar los establos del auge literario cubano”. Cabrera Infante, Guillermo: *Mea Cuba*. Madrid: Alfaguara, 1992, p. 93, las cursivas son mías.

El establo, ese espacio separado de la casa rural pero junto a ella, recinto cerrado en el que se cría el animal, —fundamentalmente aquel destinado a generar alimentos— que a su vez es atendido por el hombre, marca en sí mismo un umbral, en el que los jóvenes autores pretendían ubicarse, en contigüidad con lo animal. El hecho de que su posicionamiento fuese a la vez literario —de ruptura frente a las generaciones anteriores— y político —de cuestionamiento profundo de la realidad política de la isla— invita a leer sus textos tanto hacia fuera, hacia la realidad cifrada en los textos, como hacia adentro, hacia su arquitectura narrativa y discursiva, hacia los modos de esa ‘cifra’ de la realidad.

LAS BESTIAS

La cuestión de lo animal, y más particularmente la cuestión porcina, parece haberse convertido en un tropo central en la producción literaria de Ronaldo Menéndez. En esta línea se encuentran el cuento «Carne» (en *De modo que esto es la muerte*, 2002), y la novela *Río Quibú* (2008), segunda entrega de la trilogía que *Las bestias* inaugura. La *nouvelle*, publicada fuera de Cuba en el 2006, narra los últimos días de Claudio Cañizares, profesor de literatura inmerso en su trabajo de doctorado en torno a la oscuridad simbólica, indagando sobre “aquellos valores metafísicos o de otra índole que el hombre había relacionado con la oscuridad desde el tiempo inmemorial”¹⁹. Hombre gris y “blando”, de “cuerpo rosablanca”, acosado por unas fiebres, Claudio descubre por azar un complot en contra suya y se lanza a la tarea de detenerlo, comprando para ello una pistola (al “autor” de la historia). Luego de matar a uno de los asesinos (Jack), Claudio lleva a su casa al otro (Bill) y lo encierra en el baño junto con el cerdo que cría en su bañera. Bill termina devorado por el cerdo y este a su vez es devorado por Claudio, que acaba muerto, “engordado” y putrefacto en una esquina sombría de su propio hogar. Esos tres cuerpos abandonados y desamparados, ese terno del *zoé* va derivando hacia una suerte de exceso o residuo social al interior de la casa. Ésta deviene así zona de lo común en la que se ponen en juego diversas modalidades de interacción y participación (todas mortíferas).

A primera vista se trata de un texto que, por la obsesión por los detalles, por las remisiones constantes a una realidad —la realidad cubana—, por la cronología y causalidad de la historia

¹⁹ Menéndez, Ronaldo: *Las bestias*. Madrid: Lengua de trapo, 2006, p. 30.

contada, podría ser catalogada de realista. En él prima un narrador omnisciente que, pudiendo penetrar hasta la conciencia —incluso, la animal— controla la información y legitima el lugar —el lenguaje— desde el que habla. Esta aparente condición realista está en la base de las más importantes lecturas críticas de la novela, que leen desde el texto la sociedad cubana de los noventa (Bloch, Maeseneer, López). Sin embargo, y esto me parece crucial para entender los modos en que lo animal transforma la lógica de representación, en rigor, a medida que avanza la historia, el relato se va desfondando, va perdiendo su capacidad de producir significado. Notemos que el terno Claudio-el cerdo-Bill viene a ser completado y su historia clausurada, por la incursión (y por el Epílogo) del “Gordo-escritor-traficante de armas y otros objetos (yo)”²⁰, cuya presencia se devela o se esconde, alternativamente, tras un narrador omnisciente o un narrador en primera persona. En una serie de juegos metalingüísticos no exentos de agudas intertextualidades, ese último eslabón de la cadena alimenticia y primero de la cadena narrativa, interrumpe la diégesis —y con ello, el pacto de ficción— y se presenta como perspicaz autor del relato, como previsor del desenlace, como perito que entra al lugar del crimen —la casa de Claudio— después de que los componentes del terno acabaran engulléndose unos a otros y, finalmente, se presenta como responsable de la inserción en el relato de dos documentos particulares: el diario de Claudio y una parte de su tesis de doctorado, que poco tiene de investigación académica y mucho de confesión. De esta suerte vemos aparecer constantes cambios de narrador y focalización, recurrentes autorreferencialidades que difuminan el lugar de enunciación y sus respectivas instancias, diversas textualidades. La diégesis, ese lugar —recordemos a Genette— donde ocurren los hechos y se produce el significado ocupa sólo dos tercios del libro, e incluye únicamente el relato desde el descubrimiento, por parte de Claudio, del complot hasta la entrada de Bill al espacio del cerdo (el baño). Termina por tanto en el momento mismo en que aparece una continuidad de lo viviente, en el punto en que se conforma el terno hombre-animal al interior de la casa y en que, inmersos todos en una larga cadena alimenticia, se suspende definitivamente el pacto social. Todo lo que pasa después —la lucha de Bill contra el cerdo, la lucha del Bill (ya ‘porcinificado’) contra Claudio, la lucha del cerdo contra Claudio y el banquete final— es relatado desde la subjetividad progresivamente animalizada del propio

²⁰ *Ibid.*, p. 39.

Claudio, a través del diario. Como si dejar entrar al animal hasta permitirle gobernar sobre la subjetividad humana sólo pudiese ser abordado desde una textualidad (el diario) circunscrita en lo real pero sólo desde y hacia la intimidad, desde un esquema genérico que, como sabemos, no tiene voluntad comunicativa, es fragmentario, incoherente, descriptivo y documental. De esta suerte el texto crea una zona textual fronteriza, una zona común y difuminada de especies y textualidades que fortalece la presencia del *zoé* y su subjetividad. El cerdo no es sólo el centro de la narración, sino que es, a su vez, la figura sobre la que gira una historia cifrada también sobre los modos en que el animal incide en los lenguajes y recursos literarios, reorientando parcialmente la historia hacia la interrogante de la figurabilidad de lo animal, sus usos y abusos desde la perspectiva humana.

UNIVERSOS ANIMALIZADOS

Detengámonos por un momento en el arco narrativo que conforma la diégesis de «La trama». Éste cierra, como apuntábamos antes, en el momento en que se establece un nuevo régimen de sociabilidad en el universo compartido por el cerdo, Bill y Claudio, al interior de la casa del profesor de literatura. Notemos que hasta ese punto la historia incluye dos constelaciones espaciales particulares en las que se da el encuentro del hombre con el animal: una reserva natural en Brasil y la casa de Claudio. En la primera, un animal de la región ataca y muerde a Claudio, dejándole en herencia, además de un recuerdo humillante de su única estancia en el extranjero,

una infección que se fue traduciendo primero en fiebres inofensivas, en el enrojecimiento del hombro derecho, en el agarrotamiento de ambas piernas, hasta que la fiebre comenzó a adquirir niveles de caldera de vapor.²¹

Esta secuencia se introduce en el texto a través de una analepsis al principio del relato, durante el corto capítulo 2. El capítulo 3 marca, desde su primera línea, una ruptura espacio-temporal con el capítulo anterior, resaltada por la irrupción del cerdo a través de sus chillidos. El tiempo de la remembranza del otro animal —el coatí— se rompe entonces con la entrada de uno nuevo —el cerdo— que será el centro de toda la narración

²¹ *Ibid.*, p. 16.

posterior: "De sus cavilaciones lo sacó el grito de guerra del puerco"²².

Vale la pena, creo, pensar esta irrupción del cerdo en el relato desde la otra animalidad que se presenta primero. La agresividad del coatí, que parecía originarse en la intromisión del humano en su territorio natural, apunta a un espacio animal clausurado —en tanto hábitat— para el hombre, a un distanciamiento, a una exterioridad de aquél con respecto a éste. La segunda animalidad —el cerdo— es el resultado de un movimiento inverso: el animal entra al espacio doméstico, sin que por ello sea domesticado, creando así un espacio común, cuyo orden estará marcado primero por la superioridad del hombre, pero que será trastocado luego, poniendo en juego otros poderes, otras potencialidades. Igualmente, considero pertinente leer la presencia del cerdo y sus efectos desde el universo animalizado que presenta esta novela, 'poblada' de animales. En sus páginas se dan encuentro un mosquito chupasangre, un rinoceronte macho, un bípedo implume, una mariposa, un tiranosaurio rex, un lobo disfrazado de oveja, un lince humano, un mandril joven, hormigas, abejas sin reina, fieras, gorilas y osos. Todos ellos —hay más— funcionan como caracterizaciones de los humanos, que, según esta especie de bestiario invertido, quedan divididos en pasivos y activos, depredadores y depredados, fuertes y débiles, indomesticables y domesticados, machos y hembras. Lo animal constituye, entonces, el recurso primero para la construcción literaria de sujetos y subjetividades humanas. Constituye el baremo por el que se mide y se organiza el universo de la ficción; de él salen y a él regresan todas las normas de convivencia, los regímenes de sociabilidad, las relaciones entre cuerpos. Son —¿están?— en función de la narración, son capitalizados por ella. De esta suerte, el animal sirve de soporte a la subjetividad humana, diluyéndose en ella, desapareciendo.

Las bestias erige una poética contaminada, en la que reina la continuidad de las especies. Una de las escenas que mejor la ilustra es la que relata, en una especie de *mise en abyme* de la construcción narrativa de la novela misma, el modo en que Bill comunica a la esposa de Jack, su compañero asesinado por Claudio, que éste ha muerto:

Se sentó en el sofá de la sala y durante diez minutos le contó a la esposa de Jack una historia donde un amigo viaja y su compañero se ve

²² *Ibid.*, p. 17.

ante la aborrecible misión de telefonarle y darle la noticia de la muerte de un gato. Pero este sutil amigo no lo había hecho de golpe, sino que decidió preparar antes al doliente y empezó diciendo: 1) tu gato se ha caído del tejado, 2) se hizo muchas fracturas, 3) hubo que intervenirlo quirúrgicamente, 4) la operación fue un éxito, pero al final tuvo una reacción a la anestesia, 5) murió como si durmiera. Contó esta historia Bill, y luego miró fijamente a la señora desconcertada y le dijo: 1) Jack se ha caído del tejado.²³

Este fragmento es también un ejemplo del humor que caracteriza a toda la novela. La violencia y la crueldad que atraviesan la historia explota por todas partes en secuencias hilarantes y absurdas, que en su perfecto engranaje narrativo y en su realismo desbordado por momentos recuerdan escenas de *De donde son los cantantes*, de Severo Sarduy o de *La guaracha del Macho Camacho*, de Luis Rafael Sánchez²⁴.

Pero volviendo a los universos compartidos, comprobamos la articulación de zonas comunes de lo viviente al interior del texto mismo. Éste, podría pensarse, evoca así una animalización de todos, que —dado el trasfondo político del texto— sugiere que la crisis ha dado lugar a una nación puerca, que en la fractura política está la causa de una deshumanización. La máquina biopolítica del hombre nuevo habría dado lugar, a fin de cuentas, a un sujeto animalizado, a una ciudadanía animalizada. Las resonancias de un biopoder sobre el animal, que, como anotaba antes, había promovido la crianza de cerdos al interior de las casas, suspendiendo por un momento —el largo ‘momento’ del Periodo especial— el régimen de separación entre corral y casa, avala esta interpretación. También la apoyan las referencias continuas a una realidad extratextual, a una ciudad abandonada y en sombras, caracterizada por las carencias, las precariedades y el hambre.

En esa ciudad hecha jungla, la sobrevivencia depende de la capacidad depredadora de sus habitantes. Ni siquiera los animales domésticos, otrora protegidos al interior del universo humano (la sala, la casa, la ciudad), están a salvo. Así los gatos, por ejemplo, son cazados (“pesca de alturas”²⁵) en las sofocantes noches de la ciudad, y “una vez estofado y servido, el felino

²³ *Ibid.*, p. 57.

²⁴ Conviene anotar que los entrecruzamientos de *Las bestias* se dan igualmente con el cine. Se han señalado, por ejemplo, las analogías con el cine de Quentin Tarantino, en el que priman la violencia, la fuerza del lenguaje y el absurdo.

²⁵ *Ibid.*, p. 44.

dejaba de ostentar su condición ontológica para convertirse en 'conejo de alturas'"²⁶. También los animales del zoológicos, cuyo emplazamiento debería convertirlos en vidas a admirar, protegidos de ser devorados, son objetos de la cacería urbana.

La novela pone en escena una suspensión del orden 'natural' de las especies, una reorganización de sus espacios, sus poderes, sus derechos. En ese 'corrimiento' que da pie a la emergencia de una zona común de continuidad de lo viviente, el humano desaparece como especie protegida y todopoderosa. Contrario a la tradición literaria que genera una asimilación de formas de lo viviente, humanizando al animal, aquí se trata de un proceso contrario, en el que el hombre es convertido en una especie más, trazando un horizonte diferente de tensiones y poderes.

Pese a que dicha redistribución aparece asociada al amplio abanico de especies animales, el cerdo va a ser la figura sobre la que se cataliza la caída del discurso revolucionario de la especie y a partir del cual tiene lugar la indeterminación humano-animal²⁷. Pero es, sobre todo, a partir de los personajes principales y de las relaciones que se van desarrollando entre ellos, donde vemos emerger, al interior de la casa del profesor, un *régimen porcino* que parecería proyectarse, por analogía o por contagio, hasta tocar todos los confines de la ciudad. La presencia del puerco organizará los giros sucesivos de la trama, en la que podemos distinguir cuatro tipos de contigüidades humano-animal: entre Claudio y el cerdo, entre el cerdo y Bill (y la resultante 'porcinificación' de éste), entre Bill y Claudio, y —finalmente— entre el cerdo y Claudio. En cada una de ellas se establecen poderes y fuerzas, basadas todas en una especie de continua cadena alimenticia en la que el eje organizador es precisamente quién mata a quién, quién se come a quién.

DEVENIR ANIMAL, DEVENIR CARNE

La entrada del cerdo es justificada dentro de la novela por una cercanía —“Era increíble cómo los cerdos se parecían a los

²⁶ *Ibid.*, p. 44.

²⁷ De hecho, la novela misma cifra los reordenamientos de formas de lo viviente como antesalas de un cambio más profundo y de mayor alcance, que irrumpe con la crianza de los cerdos en las casas: “Estas derivaciones constituyen los anales históricos que prepararon el terreno a la cría de cerdos, cuyo antecedente más inmediato Claudio podía ubicar unos meses antes, cuando el Gobierno, ante la incapacidad de seguir ofertando pollos en las carnicerías, comenzó a vender cajas de huevos con instrucciones para improvisar incubadoras” (*ibid.*, p. 45).

hombres”²⁸, sin embargo el texto articula un proceso que va de lo humano a lo animal, un devenir animal que pone en juego, en primera instancia, las lógicas en torno a los modos de matar y/o dejar morir, las formas de *dar (la) muerte*, marcando esa diferencia entre hacer vivir y ‘rechazar hacia la muerte’ que la biopolítica sitúa en su propia base²⁹. Desde el principio la novela inscribe en el centro la cuestión de la muerte así como un estado de cosas en el que, debido a la cercanía entre animal y humano— se ha llegado a suspender la diferencia entre matar a un hombre —la prohibición de matar al prójimo— y matar a un animal —la normalidad de matar al *otro* de lo humano. La novela empieza precisamente con “¿Iban a matarlo?”³⁰. El orden sacrificial no corresponde sólo al animal, sino también al hombre. El punto de arranque de todo el relato es la muerte, una muerte, la del protagonista, que cortaría de tajo su continuación como especie; una muerte planificada y ejecutada por otros, que lo substraería de ese ciclo natural de vida que lo diferencia del cerdo, cuyo futuro es siempre ser sacrificado. He aquí, en el mismo comienzo del relato, el primero de los muchos puntos de convergencia entre el cerdo y el hombre.

El capítulo 2, por su parte, introduce la historia de otro animal, el coatí, cuya mordedura iría a debilitar la salud del protagonista. Este animalillo, como anotábamos antes, aparece aquí como figura vinculada a la comida y a la violencia. En el primero de los muchos encuentros delirantes entre hombre y animales, el coatí, aquí presentado como extremadamente goloso, cuyos instintos devoradores pueden convertirse sorpresivamente en abierto ataque, se deja acariciar por Claudio quien, enfrascado en dejar constancia de ese encuentro disciplinado entre las especies, no percibe cómo

la más alevosa de las bestias [está] sobre la grupa del hombre, borrando todo vestigio de armonía con el cosmos mediante el acto predecible de clavarle dos de sus colmillos con entusiasmo de comensal famélico.³¹

²⁸ *Ibid.*, p. 45.

²⁹ Recuérdese la ya clásica fórmula de Foucault según la cual “[p]odría decirse que el viejo derecho de hacer morir o dejar vivir fue reemplazado por el poder de hacer vivir o de rechazar hacia la muerte”, que ha sido utilizado como clave para entender el concepto de biopolítica. (Foucault, Michel: *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI, 1996. p. 168).

³⁰ Menéndez (2006), *op. cit.*, p. 11.

³¹ *Ibid.*, p. 15.

El encuentro con el coatí no sólo es relevante porque cifra un primer espacio de lo animal, de naturaleza versus sociedad, sino también porque este pasaje pone en marcha una lógica alimenticia-depredaticia, antesala a o más bien presagio de lo que vendrá después: la devoración de todos al interior de la casa. La casa, ese espacio que el discurso oficial quería librar de la presencia del animal, reafirmando su control sobre lo doméstico, es por tanto el espacio central de todo el texto. De hecho, sólo algunas pocas acciones tienen lugar fuera de ésta. La casa constituye la zona neurálgica de lo común, escenario de la lucha encarnizada —nunca más pertinente este adjetivo— por la sobrevivencia. Claudio, cuya vida está amenazada por Bill, lo encierra junto al cerdo, “esa máquina que lo devora todo menos su propio cuerpo”³², con la esperanza de que en esa contienda alimenticia se asegure la continuación de su propia vida. Ello supone aplicar al recluso el orden de vida animal: alimentación a base de restos de comida humana, combates cuerpo a cuerpo entre animales, suciedad del lugar en que viven y donde los excrementos se mezclan con la comida: “Quiero que el degenerado experimente durante largas horas el horror de no ser para el otro siquiera un contrincante, sino simplemente comida”³³. La supuesta justificación de todo este proceso de animalización del otro —salvar su vida— se desvanece por completo, primero, cuando Claudio deja de interrogar a Bill buscando las razones para el asesinato, y luego, cuando Claudio decide aplicar al cautivo la “nueva técnica” que ya había aplicado al cerdo: cortar las cuerdas vocales y callar para siempre al animal. “Lo llevé [al veterinario] al baño y abriendo la puerta le dije aquí tienes a *mi otro puerco*, José, no te preocupes por su aspecto *en el fondo los puercos y los hombres son como dos gotas de una misma cochiquera*”³⁴. El puerco y Bill, que por demás aparece como figura racializada, igualados en su forma de vida, pero también en su silencio, en la inferioridad de su especie, en la imposibilidad de narrar su historia. Al mismo tiempo, Bill, originariamente encargado de matar a Claudio, intenta salvar su propia vida convirtiéndose en un igual para el cerdo, animalizándose. De esta suerte, nos cuenta Claudio,

[...] el negro va aprendiendo a leer ciertos ritmos de la mole cochina, como es el hecho de que en las primeras horas queda dormido.

³² *Ibid.*, p. 17.

³³ *Ibid.*, p. 96.

³⁴ *Ibid.*, p. 104 (las cursivas son mías).

Aprende a descubrirlo porque el bulto de pronto se transforma en una masa sin orificios brillantes. Aprende incluso a sentir su respiración, disparándose como indudable red de alarma en esos momentos en que comienza a escucharse un burbujear grueso, signo que desemboca casi siempre en el despertar hambriento de la loma negra.³⁵

Por otro lado, el cerdo, figura primera de la subyugación, termina rebelándose al orden impuesto por Claudio, convirtiéndolo a él, verdugo y velador, en un animal prisionero, cuyas costumbres alimenticias e higiénicas terminan por confundirse totalmente con la de las otros 'dos' animales: la reclusión³⁶, los restos de comida como única alimentación, el vómito y las heces en el mismo lugar en el que come, la agudización de los sentidos, el mutismo total, la fuerza bruta, el miedo al otro. La anotación de Claudio, "He llegado a pensar que una arbitraria fuerza nos iguala a mí y al animal"³⁷, en el diario, no es más que la corroboración de su propia animalización. Más tarde constatará: "Abro la puerta, me deslizo con la lentitud de un animal acostumbrado a cazar de noche"³⁸.

LA REBELIÓN PORCINA

Es en ese momento, en el que el discurso de la especie parece desfondarse completamente, donde se avizora una rebelión porcina que aparentemente se resuelve con la muerte del cerdo a manos de Claudio, y el gran banquete de carne. Aparente puesto que, en realidad, ese régimen de lo animal no desaparece. Claudio, tras lograr dar muerte al cerdo, cae sobre él para paliar, con la sangre aún caliente del animal, su propia sed. Pero además, al tiempo que Claudio convierte al cerdo en pura carne —en pura alimentación, en pura materia— su propio cuerpo deviene carne, carne pura: "¿Qué me queda, además de aquella carne, y este amasijo de cuerpo dolorido?"³⁹. Finalmente, Claudio decide "engordarse" —como a un puerco— para la

³⁵ *Ibid.*, p. 98.

³⁶ "El puerco me embiste y me tumba. [...] Trepé en la meseta y me puse a esperar, pero enseguida cambié de idea y decidí alcanzar la puerta de la sala. Fue en vano: el puerco me cortó el paso y entonces retorné a la cocina, y remolcando una enorme bolsa de pan viejo y otra de coles corrí hasta mi cuarto y cerré la puerta" (*ibid.*, p. 118).

³⁷ *Ibid.*, p. 120.

³⁸ *Ibid.*, p. 120.

³⁹ *Ibid.*, p. 121.

muerte. Su diario termina con la consignación de este último reto: “Engordaré mucho antes de acostarme por última vez”⁴⁰.

En un lúcido ensayo que conecta esta novela cubana con la novela angoleña *Quem me dera ser onda*, de Raúl Rui (1981), Magdalena López remite la rebelión porcina, presente en ambos textos, a un texto fundacional para pensar las relaciones entre el discurso de la especie y la política: *Animal Farm*, de George Orwell. Como se sabe, la parábola orwelliana propone al cerdo como figura del empoderamiento que termina por destruir su propia utopía social, basada precisamente en la indiferenciación de los humanos (antiguos amos) y los cerdos (antiguos subalternos). *Las bestias* puede ser leída como continuación a esta utopía frustrada en la que el animal invierte el discurso de la especie y su rígido orden. “La anomia social denunciada en la nouvelle de Menéndez podría revertirse en una picaresca empoderadora que se conecte con una tradición de cimarronaje. El pícaro [sería el] indisciplinado irreductible”⁴¹, afirma López. Sin duda, la emergencia del *zoé* en el recinto doméstico hace emerger un umbral en que el animal da cuerpo a una resistencia. Una resistencia, recordemos, que ya estaba en la primera aparición del animal, el coatí, que —en su ataque— rehúsa ser convertido en mascota para la compasión y la caricia. El cerdo, ahora habitando al interior de las casas, da cuerpo a una forma más radical de la resistencia: sucio, maloliente, devorador de desperdicios, indisciplinado. Pero aquí la rebelión porcina va más allá: animaliza las subjetividades humanas —la subjetividad de Claudio, la instancia enunciativa del diario— e impone un orden diferente de subjetividad, en el que el animal deja de ser metáfora de lo humano, de ser figura de y para el humano.

Pero hay otra lectura de *Animal Farm*, que me parece igualmente iluminadora para nuestra propia lectura de *Las bestias*⁴². Ella apunta hacia la cuestión de la carne, hacia un devenir carne que la novela traza como horizonte de posibilidad. Anotemos que la granja, como las bañeras de la ciudad caribeña, es el lugar de crianza de animales destinados al matadero, el recinto paradigmático de la producción de carne. Anotemos también que la carne vincula al hombre y al animal, iguala sus cuerpos, llevando adelante una continuidad radical entre especies. La carne constituyé así el fin de toda subjetividad exclusivamente

⁴⁰ *Ibid.*, p. 122.

⁴¹ López, Magdalena: «Distopías porcinas y la reinención del cimarronaje», *Journal of the Institute of Iberoamerican Studies*, XV, 2 (2013), p. 205.

⁴² Cfr. McHugh, Susan: «*Animal Farm's* Lessons for Literary (and) Animal Studies», *Humanimalia*, I, 1 (2009), pp. 24-39.

humana, y es precisamente ese devenir carne lo que, como anotábamos antes, cierra la obra.

LA PATRIA PUERCA

Como hemos visto, la continuidad de las especies en la novela de Menéndez proyecta un reordenamiento de los espacios otrora distribuidos entre el hombre (revolucionario) y los animales (el cerdo), reorganiza los poderes, las agencias, los derechos, las formas de vida y de muerte. En este sentido, el cerdo explora las formas de sociabilidad y hace visible la lógica de alteridad e identidad, que está en el fondo de todo régimen de comunidad. Va a ser ese (nuevo) orden de identidades y resistencias al interior de una comunidad indisciplinada y animalizada donde se sitúe más tarde el animal de Gente de zona. Pero no pequemos de ingenuos suponiendo que estos relatos de continuidad de la especie equivalen a esa utopía de un igualitarismo zoé-centrado, que algunos pensadores han proclamado⁴³. El mismo título de la novela —*Las bestias*— hace hincapié en la violencia, en la depredación, en los instintos irrefrenables y la ausencia de moral como aquellas cualidades animales (porcinas) que el hombre —en su devenir puerco— acoge como suyas⁴⁴. Lo que si podemos leer aquí —al igual que en la canción de Gente de zona— es una ética de lo viviente, donde emergen como ejes organizadores de la sociabilidad los modos de abandonar o dejar morir, los modos de matar. Sobre el trasfondo de esa animalidad como figura sacrificable reaparecen entonces instituciones e instancias de control, higienización y corrección —desde la UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción) hasta los campos de entrenamiento militar— a través de las cuales se daban encuentro diferentes políticas estatales de

⁴³ Para esta mirada posthumanista o postantropocéntrica, el zoé constituye una “fuerza dinámica de la vida en sí, capaz de autoorganización, [que] permite la vitalidad generativa”, una “fuerza transversal que corta y vuelve a zurcir especies, dominios y categorías precedentemente separadas”. Cfr. Braidotti, Rosi: «Postantropocentrismo: la vida más allá de la especie», en: *Lo posthumano*. Barcelona: Gedisa, 2015, p. 77.

⁴⁴ En esta dirección va la lectura de Elena Abell para quien “[l]as bestias se convierte en un minucioso estudio sobre los mecanismos de poder para subyugar, para justificarse y para reafirmarse basándose en la creación y perpetuación de lo ficticio. [...] Menéndez logra llevar a cabo un estudio psicológico de la mentalidad del opresor, Claudio, abanderado de la ideología del racismo como mecanismos de poder y subyugación”. Adell, Elena: «Hacia una estética de lo violento en *Las bestias* de Ronaldo Menéndez y *La sombra del caminante* de Ena Lucía Portela», en: Riobó, Carlos (ed.): *Cuban Intersection of Literary and Urban Spaces*. Albany: University of New York Press, 2011, p. 100.

ingeniería social que en su momento pretendieron, con una violencia que sólo recientemente empieza a ser reconocida⁴⁵, asegurar la formación del hombre nuevo como superación definitiva de lo animal. Es por eso que podemos hablar de lo animal como dispositivo de visibilización de aquello que se ha querido silenciar y reprimir, toda vez que su presencia, maloliente, agresiva e incómoda, moviliza reordenamientos de identidades, cuerpos y relaciones entre cuerpos. Al mismo tiempo, esas animalidades que de pronto se hacían cercanas constituían el espectro de cuerpos incontrolados e incontrolables de ese aparato, su contracara amenazante. Es ahí donde la carne, esa materialidad igualatoria, emerge como base de una nueva sociabilidad. Mientras el discurso oficial de la especie (porcina) que, según las dos alocuciones comentadas, pretendía fijar una distancia radical entre el hombre (revolucionario) y el cerdo, reconociendo la potencia de estas alianzas, *Las bestias* toma este estado de cosas para imaginar una nación porcina, violenta y amenazante, una *patria puerca*.

BIBLIOGRAFÍA

- Abreu Arcia, Alberto: *Los juegos de la escritura o la (re)escritura de la Historia*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2007.
- Adell, Elena: «Hacia una estética de lo violento en *Las bestias* de Ronaldo Menéndez y *La sombra del caminante* de Ena Lucía Portela», en: Riobó, Carlos (ed.): *Cuban Intersection of Literary and Urban Spaces*. Albany: University of New York Press, 2011, 97-111.
- Agamben, Giorgio: *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos, 2006.
- *Lo abierto. El hombre y el animal*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2006a.
- Bloch, Vincent: «Igualación de las condiciones y formas del racismo en La Habana durante el periodo especial: una lectura de la novela *Las bestias* de Ronaldo Menéndez», *Problèmes d'Amérique Latine*, 76 (2010), pp. 55-80.

⁴⁵ Un reciente ensayo del historiador Abel Sierra Madero hace hincapié en el entrecruzamiento entre ingeniería social, homofobia y trabajo forzado como base del proyecto de militarización y masculinización llevado adelante en las UMAP. Cfr. Sierra Madero, Abel: «Academia para producir machos en Cuba», *Letras libres*, enero 2016, <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/academias-para-producir-machos-en-cuba> (consultado 1-V-2016).

- Braidotti, Rosi: «Postantropocentrismo: la vida más allá de la especie», en: *Lo posthumano*. Barcelona: Gedisa, 2015, pp. 71-125.
- Cabrera Infante, Guillermo: *Mea Cuba*. Madrid: Alfaguara, 1992.
- Castro Ruz, Fidel: «Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en la Concentración efectuada en la Plaza de La Revolución "José Martí", para conmemorar el XVIII Aniversario del Ataque al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1971», <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1964/esp/f280964e.html> (consultado 17-IV-2016).
- Castro Ruz, Raúl: «Intervención del General de Ejército Raúl Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, en la Primera Sesión Ordinaria de la VIII Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, en el Palacio de Convenciones, el 7 de julio de 2013», <http://www.cuba.cu/gobierno/rauldiscursos/2013/esp/r070713e.html> (consultado 17-IV-2016).
- De la Nuez, Iván: *Fantasma Rojo: los intelectuales de izquierda y la revolución cubana*. Barcelona: Debate.
- Foucault, Michel: *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI, 1996.
- Giorgi, Gabriel: «La vida impropia. Historias de mataderos», *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, 16 (diciembre 2011), pp. 1-22.
- *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2014.
- Helg, Aline: *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*. Chapel Hill: UNCP, 1995.
- López, Magdalena: «Distopías porcinas y la reinención del cimarronaje», *Journal of the Institute of Iberoamerican Studies*, XV, 2 (2013), pp. 191-206.
- López-Labourdette, Adriana: «El sueño de la razón produce monstruos. Cuerpos extra/ordinarios y aparato biopolítico en "La sombra del caminante" (Ena Lucía Portela, 2001)», *Mitologías hoy*, 12 (2015), pp. 31-50.
- Maeseneer, Rita de: «La (est)ética del hambre en el Período especial», *Cuadernos de literatura*, XX, 39 (2016), pp. 356-373.
- McHugh, Susan: «*Animal Farm's* Lessons for Literary (and) Animal Studies», *Humanimalia*, I, 1 (2009), pp. 24-39.
- Menéndez, Ronaldo: *Las bestias*. Madrid: Lengua de trapo, 2006.

Plaza, Caridad: «Diálogo de la lengua. Mano a mano entre los novelistas Senel Paz y Ronaldo Menéndez sobre Cuba», *Quórum. Revista de pensamiento iberoamericano*, 22 (2008), pp. 109-121.

Sánchez, José Miguel-Yoss: «Ellos, los de entonces», *EforyAtocha.com*, 2013, <http://www.eforyatocha.com/2013/03/25/ellos-los-de-entonces-por-jose-miguel-sanchez-yoss/> (consultado 14-IV-2016).

Sierra Madero, Abel: «Academia para producir machos en Cuba», *Letras libres*, enero 2016, <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/academias-para-producir-machos-en-cuba> (consultado 1-V-2016).

VV. AA.: *Con nuestros propios esfuerzos. Algunas experiencias para enfrentar el Periodo especial en tiempo de paz*. La Habana: Editorial Verde Olivo, 1992.